

- **Autor/es** Carlos Sanz Mínguez, Juan Manuel Carrascal Arranz, Elvira Rodríguez Gutiérrez
- **Título** «Cerámica. Objetos singulares. I. Cajitas vacceas»
- **N.º de *Vaccea Anuario*** 10
- **Año** 2017
- **Páginas** 22-32
- **ISBN** 978-84-697-4342-3
- **URL** <https://pintiavaccea.es/download.php?file=304.pdf>



VACCEA 2016

ANUARIO



Universidad de Valladolid Facultad de Filosofía y Letras
Centro de Estudios Vacceos Federico Wattenberg

Núm. 10, octubre 2017

www.pintiavaccea.es

5 €

PINTIA CAMPAÑA XXVII

EXCAVACIONES EN LAS RUEDAS

CAJITAS VACCEAS

PRODUCCIONES VACCEAS

ZORITA-LAS QUINTANAS

CIUDADES VACCEAS

PREMIOS VACCEA

QUINTA EDICIÓN, 2016

PINTIA Y LAS PINZAS

HISTORIA DE UN TOPÓNIMO

UN BROCHE BUREBA INÉDITO

PREMIOS VACCEA

Convocatoria 6.^a edición 2018

En el acto de entrega de la quinta edición de los Premios Vaccea, que tuvo lugar en el Aula Magna Lope de Rueda de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Valladolid, en el mes de octubre de 2016, quedaron convocados los correspondientes a su sexta edición, que tendrá lugar el año 2018. Podrán optar a los mismos, en sus distintas modalidades (véase www.pintia vaccea.es), cuantas instituciones, públicas o privadas, empresas o particulares se presenten o sean presentados, acompañando la documentación que les justifique como acreedores a los mismos; además se tendrán en cuenta las propuestas del jurado de la mencionada edición.

Quienes deseen optar a los Premios Vaccea habrán de dirigirse al Director del Centro de Estudios Vacceos Federico Wattenberg (Departamento de Prehistoria, Arqueología, Antropología Social y Ciencias y Técnicas Historiográficas, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Valladolid, plaza del Campus Universitario s/n, 47011 Valladolid).

Esta convocatoria permanecerá abierta hasta el 1 de junio de 2018.



EDITA

Centro de Estudios Vacceos Federico Wattenberg
de la Universidad de Valladolid

DIRECTOR

Carlos Sanz Mínguez (C.S.M.)

COLABORADORES

Juan Francisco Blanco García (J.F.B.G.)
Juan Manuel Carrascal Arranz (J.M.C.A.)
Elvira Rodríguez Gutiérrez (E.R.G.)
Luis Alfonso Sanz Díez (L.A.S.D.)
Roberto Sendino Gallego (R.S.G.)
Belinda García Barba (B.G.B.)

ILUSTRACIONES

Centro de Estudios Vacceos Federico Wattenberg
y autores de los trabajos respectivos, salvo indicación
expresa

DISEÑO

Centro de Estudios Vacceos Federico Wattenberg

MAQUETACIÓN

Eva Laguna Escudero

PORTADA

Proceso de excavación de la tumba 302 de la necró-
polis de Las Ruedas de *Pintia*

REDACCIÓN, ADMINISTRACIÓN Y PUBLICIDAD

Centro de Estudios Vacceos Federico Wattenberg
y Asociación Cultural *Pintia*

IMPRESIÓN

gráficas CELARAYN, s.a.

DEPÓSITO LEGAL: DL VA523-2017

ISBN: 978-84-697-4342-3

pág.



06 **Excavaciones en Pintia.** Campaña XXVII de excavaciones arqueológicas en *Pintia* (Padilla de Duero/Peñafiel)

12 **Ciudades vacceas.** Zorita-Las Quintanas, en Valoria la Buena

22 **Producciones vacceas.** Cerámica. Objetos singulares. I. Cajitas vacceas

34 ***Pintia*, proyecto docente**

44 **Las ciudades vacceas, "estados arcaicos"**



12



22



44

54 **Premios Vaccea.** Quinta edición, 2016

64 **Un broche Bureba inédito**

70 ***Pintia*: estudio toponímico**

82 **La otra mirada.**

84 **Noticario vacceo**

98 **Humor Sansón**



54



64



70

PROYECTO PINTIA Equipo de investigación 2016

Director:

Carlos Sanz Mínguez, profesor titular de Prehistoria, Universidad de Valladolid

Codirectora de la excavación arqueológica:

Rita Pedro

Coordinadora

María Luisa García Mínguez, presidenta de la Asociación Cultural Pintia

Personal contratado

Ester García García
Rubén Justo Álvarez
Eva Laguna Escudero

Colaboradores:

M.ª Mercedes Barbosa Cachorro
Juan Francisco Pastor Vázquez
Félix Jesús de Paz Fernández
Joaquín Adiego Rodríguez
Luis Pascual Repiso
Asociación Cultural Pintia
Voluntariado pintiano

Diseño de las exposiciones:

Ignacio Represa Bermejo

Alumnos participantes en la campaña de excavación XXVII:

Megan Caveney	Ángel Hernández	Dax Ritter
José Carlos Coria Noguera	Carmen Hernández	Julien Royer
Mike Davidge	Pablo Juárez Delgado	Manuel Salazar Raposo
Caitlin Downey	Loreto López	Ignacio Salazar Raposo
Emily Eckford	Mariana Martín Raposo	José Javier Salazar Raposo
Mollie Effer	Elías Martín Raposo	Anna Seitz
Grace Fitzpatrick	Ana Isabel Orús	Margot Serra
Julian Frink	Víctor Peña Abejón	Guillermo Usón
Gerald Ginsbur	Priscilla Pérez	Marco Usón Orús
Caroline Goussetis	Lydia Pérez Ruiz	Sancho Usón Orús
Ana Maria Guzman	Ester Raposo	
Laura Hernández	Sara Raposo	



CERÁMICA. OBJETOS SINGULARES

I. CAJITAS VACCEAS

La síntesis sobre la cerámica vaccea, que publicamos en el *Vaccea Anuario 2011*, nos mostraba la producción alfarera como una artesanía con identidad propia, rasgos diferenciables y un variado repertorio, agrupada en tres grandes conjuntos: cerámica a mano, cerámica a torno y producciones singulares. Dentro del último nos referíamos a una serie de objetos —cajitas, esferoides, sonajas, placas, pies votivos, barcas, joyas de barro, etc.— de morfología muy particular y funcionalidades a veces inciertas, sobre los que ahora nos proponemos detenernos con mayor profundidad de análisis.

Las investigaciones desarrolladas durante los últimos años en la necrópolis de Las Ruedas de *Pintia* (Padilla de Duero/Peñafiel) han puesto a nuestra disposición un considerable volumen de material contextualizado que ofrece nuevas perspectivas de estudio. Así, en esta ocasión nos fijaremos en unos elementos representativos como pocos de la cultura vaccea: las llamadas cajitas zoomorfas, recipientes rectangulares con cuatro patas y una asa que evoca la testa de un animal, configurados y decorados con la técnica de la excisión, que pudieron realizar la función de saleros-especieros.

Tipología

Podríamos convenir que la singularidad de estas piezas llevó en los momentos iniciales de su conocimiento, entre los años cincuenta y ochenta del siglo pasado, a publicar los sucesi-

vos descubrimientos que se iban produciendo, por más que fueran fragmentarios o carecieran de contexto, sin más interés que dar a conocer el nuevo hallazgo. La necesidad de superar esa etapa de “curiosidad” que suscitaban las cajitas, demandaba el estableci-

Tumba 127a *in situ* de la necrópolis de Las Ruedas (*Pintia*) con una cajita excisa entre los ajueros.



miento de una clasificación que proporcionase una visión de conjunto de estas manufacturas, al tiempo que la discriminación de otros tipos similares que, pese a su analogía —a veces más forzada de la cuenta—, parecen responder a tradiciones independientes. Esto ha sido posible por la recuperación de más de un centenar y medio de tales piezas en el yacimiento de *Pintia*, una buena parte de ellas vinculadas a tumbas con contextos precisos.

Para realizar la tipología de estas piezas se estableció un orden de prelación en el análisis de los rasgos, otorgando la preeminencia a los atributos morfológicos y decorativos, seguidos del grado de habilidad técnica, dimensiones, capacidad, material, color, forma, aristas o bordes, que sirven para una descripción detallada de los grupos resultantes (Sanz, Carrascal y Rodríguez, 2014: 774-777).

El número considerable de cajitas exhumadas en el yacimiento de *Pintia*, junto con los criterios planteados para su ordenación, nos ha permitido presentar una clasificación que contempla todas las variables registradas hasta la fecha, con la posibilidad de ser ampliada en caso necesario merced a su carácter abierto y flexible. Asimismo, para facilitar las descripciones, creímos conveniente individualizar cada uno de los laterales de estos objetos, quedando designados como sigue: cara 1 (c1) o lateral menor en el que se fija el asa; cara 2 (c2) a la derecha del anterior; cara 3 (c3) en el extremo opuesto de la cara 1, y cara 4 (c4) situada a la izquierda de la cara 1.

Así pues, la tipología resultante combina tres criterios básicos: estructura, decoración y habilidad técnica; de manera que cada ejemplar se define por estos tres aspectos en una secuencia de guarismos y letras.

El primer criterio o dominante, toma en consideración una perspectiva estructural o, si se prefiere, morfológica, y se pueden definir así los siguientes tipos:

Tipo 1. Cajas carentes de patas y de asa. Acoge al grupo de cerámicas más básico y también el único del que no contábamos con ninguna muestra cuando en su día abordamos la catalogación que estamos detallando. Afortunadamente, y como prueba de la validez del sistema adoptado, la campaña de excavaciones de 2013 nos proporcionaba el primer ejemplar (dp 693) encuadrable en este tipo (Sanz y Pedro, 2014: 10), localizado además en un contexto tumbal; luego aparecería algún ejemplar más en posición secundaria.

Tipo 2. Cajas sin patas y con asa. Se trata de otro grupo del que sólo tenemos documentado un ejemplar, ejecutado muy toscamente y descubierto en posición secundaria (dp 617).

Tipo 3. Cajas con patas y sin asa. Tres son las piezas recuperadas (dp 583, 584 y 585), pertenecientes a la misma tumba, que recogen estas características y exhiben una factura muy tosca.

Tipo 4. Cajas con patas y con asa. Nos encontramos ante un conjunto

abundante y muy heterogéneo, por lo que se ha estimado conveniente establecer varios subgrupos, dependiendo del tipo de asidero y de patas:

Subtipo 4a. Cajas con patas y asa trapezoidal acintada. Su peculiaridad reside en la presencia de un asa delgada, más ancha en la parte superior, donde se une al borde mediante un tramo horizontal, que en la zona inferior a la que se une describiendo una curva. Los ejemplares encuadrados en esta categoría son nueve (dp 566, 567, 570, 573, 577, 578, 586, 679 y 683), descubiertos todos ellos en tumbas, de los cuales cuatro fueron cocidos y fabricados con una gran destreza, excepto en una ocasión.

Subtipo 4b. Cajas con patas, asa trapezoide acintada y c3 festoneada. En este caso estamos ante unas cajas con las mismas características que las del apartado anterior, a las que debemos sumar el modelado, en el borde del lateral c3, de tres solapas festoneadas y con perforaciones circulares. Las tres piezas encuadradas en este grupo (dp 568, 569 y 589), localizadas en tumbas, son también de factura hábil, con la peculiaridad de que no han sido cocidas.

Subtipo 4c. Cajas con patas y asa prismática maciza. Aquí lo definitorio es un asa poliédrica, aunque no siempre se cumplen estrictamente los requisitos geométricos en todo su desarrollo. Con estas propiedades conservamos dos cerámicas, una lo-

MORFOLOGÍA				DECORACIÓN			
	Ejecución		Estructura		Ejecución		Técnica
T	Tosca	1	Sin patas - sin asa	t	Tosca	A	Lisa
H	Habilidosa	2	Sin patas - con asa	h	Habilidosa	B	Mixta
<p>Propuesta tipológica para las cajitas vacceas (Sanz, Carrascal y Rodríguez, 2014)</p>		3	Con patas - sin asa	<p>C1</p> <p>C2 C3 C4</p>	C	Excisa (EX)	
		4	Con patas - con asa		D	Incisa (IN)	
	a	Asa trapezoide acintada	E		Impresa (IM)		
	b	Asa trapezoide acintada y c3 festoneado	F		Estampada (ES)		
	c	Asa prismática maciza	G		Pintada (PN)		
	d	Asa prismática perforada					
	e	Asa figurativa					
	f	Patatas podomorfas enfrentadas					
	g	Patatas y asa conformadas por excisión diédrica					



Variantes tipológicas de cajitas exhumadas en Pintia.

calizada en tumba (dp 571), con una factura tosca, y la segunda, de hábil elaboración, recuperada en una vivienda de la ciudad de Las Quintanas (dp 592).

Subtipo 4d. Cajas con patas y asa prismática perforada. Constituye el

conjunto más numeroso. Mantiene características similares al anterior, con la particularidad de que el asa ha sido abierta en el eje transversal o frontal y que el perfil prismático del asa queda desdibujado, bien porque se reduce su anchura en la zona de la base o como consecuencia de una

posible intención de imitar la cabeza de un cuadrúpedo. Trece son los recipientes incorporados a este grupo, todos ellos cocidos, nueve extraídos de tumbas (dp 563, 564, 565, 575, 581, 582, 587, 591 y 682) y otros cuatro localizados en posición secundaria (dp 595, 633, 636 y 687), confec-

cionados de manera hábil, salvo en dos ocasiones.

Subtipo 4e. *Cajas con patas y asa figurativa.* El elemento definitorio es un asa que remeda la cabeza de algún mamífero, y se llega a definir algunas partes de la anatomía,

ya sean las orejas, los cuernos, el hocico, el cuello o la boca. A este grupo pertenecen cuatro cajas cocidas (dp 572, 576, 588 y 690), descubiertas en otras tantas tumbas, en las que se nos muestra, salvo en uno de los ejemplares,

una gran habilidad en su elaboración.

Subtipo 4f. *Cajas con patas podomorfas enfrentadas y asa.* La singularidad de este grupo reside en el modo en el que se han elaborado los apoyos, pues las patas aparecen encaradas

LA TÉCNICA EXCISA

La excisión —*chip-carving* en inglés, *encoche* en francés o *kerbschnitt* en alemán— es una técnica decorativa desarrollada desde la Prehistoria y aplicada en el arte popular tradicional de distintos pueblos de todo el orbe, de manera significativa por las gentes dedicadas a la ganadería, para la talla de objetos de madera, mediante el corte a bisel y la extracción del material sobrante, con el empleo de utensilios cortantes como cuchillos, navajas o gubias.

Es precisamente la utilización de un material orgánico de fácil descomposición como la madera lo que parece podría explicar que esta técnica aparezca y desaparezca en el tiempo y en el espacio como ojos del Guadiana y que aflore al conocimiento sólo cuando es transferida a otros materiales más duraderos, como la cerámica o la piedra.

Conviene no confundir esta técnica excisa de talla a bisel con otras excisiones características de la Edad del Bronce (Cogotas I) o de la primera Edad del Hierro (tipo Roquízal del Rullo), que tienen por objeto la extracción de pasta para conformar una cama rugosa sobre la que aplicar un relleno de pasta blanca o roja.

En la etapa vaccea la excisión no estaba destinada a recibir ningún relleno, de ahí que los ángulos diedros, triedros o tetraedros que conforman la decoración ofrezcan un corte a bisel liso, que crea un espectacular juego de claroscuros, sobre todo con luz rasante.

La delicada ejecución de la decoración a bisel se efectuaba a partir de una masa arcillosa, de fino desen-

grasante, muy decantada, que permitía cortar el barro, a punta de navaja con una inclinación de 45°, cuando se encontraba en “textura de cuero”, es decir, cuando se hallaba lo suficientemente seco pero maleable como para manejarlo sin que manchara o se adhiriera al cuchillo.

Los motivos geométricos delineados son fundamentalmente rectilíneos, muy excepcionalmente curvilíneos, y los más habituales triángulos —denominados “dientes de lobo” si son muy agudos—, rombos, cuadrados, zigzag, etc., con frecuencia combinados.

La aplicación de la excisión en la elaboración y decoración de la mayoría de las producciones cerámicas singulares, particularmente en las cajitas zoomorfas, nos plantea la posibilidad de que esta técnica no sólo tenga una función estética, sino que también posea cualidades profilácticas o protectoras, que serían transmitidas al objeto en el que se aplican, al que dotarían de una capacidad mágica y sobrenatural. La defensa de tal afirmación la encontramos en el hecho de que los diseños geométricos poseen su propio valor simbólico en cada cultura y, en consecuencia, un significado particular, especialmente en aquellas religiones y creencias en las que no está permitida la representación de las deidades en forma humana o de cualquier ser vivo. De esta forma, la confección de esos motivos se habría convertido en el medio para trasladar algún tipo de mensaje, del que desconocemos, en el caso vacceo, las claves que permitan la lectura de un lenguaje visual, que habría codificado unos conceptos aceptados por el conjunto de la sociedad.

Arqueta de madera con decoración excisa de talla a bisel. Colección privada (principios del siglo XX).



dos a dos, más anchas en la zona inferior, simulando pezuñas, si bien las delanteras quedan invertidas. En este conjunto encontramos una caja de posición secundaria (dp 590) y otra procedente de una tumba (dp 653), cocidas y ejecutadas hábilmente.

Subtipo 4g. *Cajas con patas y asa conformadas por excisión diédrica.* El último subgrupo que presentamos tiene como significativo el empleo de la técnica excisa para formar el asa y las extremidades, que se definen mediante superficies planas. El único ejemplar, aparecido en un pozo, ha sido horneado y muestra cierta habilidad en su confección (dp 593).

La técnica decorativa es la segunda variable empleada para completar la catalogación:

Tipo A. *Lisa (L)*, cuando no se aplica decoración alguna.

Tipo B. *Mixta*, cuando se combinan dos o más técnicas decorativas.

Tipo C. *Excisa (EX)*.

Tipo D. *Incisa (IN)*.

Tipo E. *Impresa (IM)*.

Tipo F. *Estampada (ES)*.

Tipo G. *Pintada (PN)*.

El tercer y último criterio de definición tipológica hace referencia a la ejecución habilidosa o tosca, por una parte de la morfología (*H* o *T*) y por otra de la decoración de la pieza (*h* o *t*).

Por tanto, una pieza determinada se definirá de manera abreviada por una secuencia de números y letras siguiendo el orden establecido de acuerdo a sus características específicas. Por ejemplo, una caja de tipo 4e/B(EX, IN)/Hh correspondería a un ejemplar de cuatro patas y asa figurativa (4e), con decoración mixta de excisión e incisión B(EX,IN), y ejecución morfológica (H) y decorativa (h) habilidosa.

Los artesanos

La clasificación tipológica presentada nos permite conocer las cualidades de estas producciones, atestiguar su gran variabilidad y, con ello, la complejidad de su catalogación. La razón de su versatilidad se fundamenta, en gran medida, en el distinto nivel de destreza de quienes han producido las piezas. La dualidad en la ejecución y acabado de estos objetos



Cajita zoomorfa, con cabeza de carnero, de la tumba 153, necrópolis de Las Ruedas, *Pintia* (dp 572).



Cajita zoomorfa recuperada en posición secundaria, necrópolis de Las Ruedas, *Pintia* (dp 636).

puede quedar bien ilustrada tomando de una parte el *tipo 4* y de otra el resto.

El primero agrupa cajas con patas y con asa y muestra el trabajo de unas manos expertas que dominaban las técnicas precisas para su confección, artesanos cuyos *modus operandi* permiten incluso distinguir sus productos entre varios —de forma particular las que tienen el asa trapecoide acintada (*tipo 4a*), las que lucen un llamativo festoneado perforado en el lateral c3 (*tipo 4b*) y las que presentan el asa figurativa (*tipo 4e*)—.

Por el contrario en los tipos 1, 2 y 3, aunque también en ciertas piezas de tipo 4, observamos una fabricación que podría remitirnos perfectamente a un ámbito doméstico, no profesional, con resultados variables en función de

los conocimientos y de la pericia del artífice y que en algunos casos podríamos interpretar como obra de niños. Veamos algunos ejemplos.

El primero corresponde a la tumba 153, perteneciente a una joven preadolescente de elevada posición social, que incluía ciento catorce objetos en el depósito funerario (diecisiete cerámicas hechas a mano, treinta y ocho torneadas, una placa con anillas, una fusayola, veinticinco esferoides, ocho colgantes de barro, una fíbula anular hispánica del mismo material, seis cajitas, objetos en piedra, ámbar, bronce y hierro, a los que habría que añadir abundantes restos faunísticos). Una de las seis cajitas se encuadra en el *tipo 4e*, con cuatro patas rectas y un llamativo asidero figurativo, que imita la cabeza de un carnero. Con tal intención se modelaron los cuernos y se biselaron las aristas en la zona de la testuz y de la parte frontal del asa, prolongada en su tramo inferior para darle la apariencia de hocico. Un cuidadoso trabajo que concuerda con el del recipiente propiamente dicho, de bordes planos, cuyas paredes mantienen un grosor muy similar en toda su extensión y que se unen a la base formando ángulo recto. Asimismo, la decoración aplicada (incisa, impresa y excisa) confirma la misma habilidad ya demostrada en la confección de la estructura, en una composición simétrica en su esquema general, organizada en bandas verticales que enmarcan otras dispuestas horizontalmente, alternando la técnica utilizada en cada una de ellas.

Una segunda pieza localizada en posición secundaria, de *tipo 4d*, mantiene una morfología muy semejante a la precedente pero en este caso la impericia queda manifiesta. Lo primero que llama la atención es la quinta pata en la que aparentemente se ha convertido la prolongación del asa, a la que cabría

Cajita zoomorfa de la tumba 239, necrópolis de Las Ruedas, *Pintia* (dp 591).





Cajitas de la tumba 183, necrópolis de Las Ruedas, *Pintia* (dp 584, 585 y 583).

sumar una sexta dispuesta hacia el interior, en el eje del asa y entre las dos patas delanteras. Por otra parte, los cortes realizados para configurar estas patas fueron realizados en un plano oblicuo, lo que determinó que las extremidades delanteras fueran el doble de altas que las traseras. Asimismo, los cortes que individualizaron el asa no guardan proporción y resulta un asidero en exceso delgado o estrecho; además, parece que el orificio del asa se ejecutó antes de dar el corte de las patas, por lo que finalmente no pudo ser acortado y el hocico quedó casi a ras de las mismas. El vaciado del recipiente tampoco parece que resultara una operación fácil para el autor: la sujeción de la pieza en el proceso de vaciado acabó con un ostensible arqueamiento hacia el interior de los laterales c2 y c4; de igual forma, el excesivo adelgazamiento de la base y su alisamiento desde el interior con los dedos determinó un perfil convexo hacia el exterior, que bien pensado y sin que el autor probablemente lo deseara, se asemeja a la panza propia de un cuadrúpedo.

La cajita de la tumba 239 es otro ejemplo de pieza elaborada por manos inexpertas (dp 591), ya que el paralelepípedo a partir del cual se construye la morfología está mal planteado al no conformar ángulos rectos. Además, el boceto de la decoración llegó demasiado tarde, cuando el barro había perdido demasiada humedad y superado la textura “cuero”, por lo que sólo pudieron incidir en c4 y en c1, mientras que c2 y c3 quedaron lisos.

Y qué decir, por último, de las tres piezas de la tumba 183, de un aspecto ciertamente tosco tanto en la configuración de las cajas sin asa todas ellas y con decoraciones nada elaboradas (dp 583, 584 y 585).

Probablemente, detrás de todas estas cajitas descritas de peor factura quepa ver producciones del ámbito estrictamente familiar, verdaderos objetos de afecto y recuerdo hacia el finado, salidos del sentimiento de pérdida y duelo que acompaña al adiós definitivo.

Funcionalidad

La relativa abundancia en el yacimiento de *Pintia* de este tipo de cerámica, con una estructura tan singular en la que se aplica la talla a bisel, supone la expresión de la estima por un objeto con una gran carga simbólica, cuyo significado continúa suscitando debate.

Juan Cabré (1930) las identificó en su momento con saleros y en la misma línea se encontraban las propuestas

de Wattenberg (1964), quien se refirió a ellos como vasitos oferentes o rituales y también hizo mención de su posible utilización a modo de pebeteros, lucernas, quemadores de ofrendas o medidas de capacidad. Martín Valls (1975), aludiendo a las de mayor tamaño, las calificó de cajitas crematorias. Esta falta de consenso sobre su funcionalidad y la diversidad de emplazamientos en los que se han inventariado, tanto en ambientes domésticos como cementeriales, sólo se explica desde su adaptación a distintos cometidos, de manera que los diferentes usos sugeridos no tienen por qué ser excluyentes e incluso, en algunos casos, pudieron ser complementarios, de forma que es difícil negar categóricamente alguna de las funciones enunciadas cuando, además, comprobamos su amplia variedad morfológica.

El estudio del abundante material recuperado en la Zona Arqueológica *Pintia* resulta insuficiente para confirmar de forma irrefutable el uso del que fueron objeto las cajitas zoomorfas, pero sí que nos permite ofrecer algunas afirmaciones.

Respecto a la probabilidad de que se empleasen de lucernarios, quemadores o pebeteros (Luzón, 1990), como parecen indicarnos las señales de combustión en las piezas recuperadas en los poblados, debemos ser precavidos por cuanto las áreas habitacionales sufrieron, con cierta regularidad, la acción destructiva del fuego, lo que propició la termoalteración de los

Tumba 84, necrópolis de Las Ruedas, *Pintia*, con crateriforme y *cyathus* cerámicos para el vino, cuarto trasero de cordero lechal y dos cajitas-salero excisas.



LA SAL

La sal es un compuesto químico formado por cloro y sodio, elementos minerales imprescindibles para el buen funcionamiento del organismo de los seres vivos. Estos componentes si bien se obtienen directamente de la naturaleza, a partir del Neolítico con el cambio de alimentación de las personas y con la estabulación o semiestabulación de los animales, que ya no pueden buscar pastos en el entorno de las zonas salinas, obligó a incorporar en las comidas el suplemento necesario para compensar el déficit resultante.

Se convertirá así la sal en producto de primera necesidad, en el caso del hombre actuando como compensador bioquímico, pues su ingesta deficiente, causada por un régimen fundamentalmente cerealista, provoca problemas en la salud, y en cuanto a los animales domésticos porque su consumo va ligado a la intensificación de la productividad, ya que mejora la fertilidad, el apetito, el aumento del peso y de la producción láctea, evitando también enfermedades tiroideas, de crecimiento y de canibalismo en los casos extremos (Jiménez, 2007).

A este uso fisiológico debemos añadir su utilización a modo de condimento potenciador del sabor, en la conservación de alimentos, en tareas de esquila, curtido de pieles, doma, forja del hierro —la sal permite fijar más cantidad de carbono proporcionando al material férreo mayor dureza y elasticidad—, o en medicina —para las lesiones de la piel, afecciones digestivas y respiratorias, infección ocular, etc.— (Terán, 2011).

El amplio abanico de aplicaciones funcionales y de las propiedades de la sal propició su acceso al mundo espiritual, como un elemento purificador dotado de valores simbólicos propios, concretamente los de estabilidad y per-

manencia, razones por las que se la identificaba con la inmortalidad o la eternidad. Estaba asociada asimismo a los principios relacionados con la amistad, lealtad u hospitalidad, y a la consecución de prosperidad, protección, profilaxis e incorruptibilidad, utilidades que se hacen extensibles al recipiente que la contenía, es decir, al salero, por lo cual es muy común que este objeto tuviese un tratamiento singular en su elaboración, bien fuese por el material con el que se fabricaba, bien por su diseño o por la decoración aplicada.

De hecho, estos conceptos vinculados con la sal han sido compartidos en distintos lugares y épocas, datos que respaldan la idea de la existencia de un sustrato universal, que podemos rastrear a través del tiempo en los ritos y

creencias de distintas culturas y religiones. Así, en la civilización romana el *salinum paternum* se convirtió en una pieza muy especial de la vajilla que se transmitía de padres a hijos (Charro, 1998); el pueblo maya utilizaba la sal en ceremonias asociadas al nacimiento y a la muerte; en la religión judía se mantiene el precepto de poner la sal en la mesa, que se equipara al altar, antes de cortar el pan; en la tradición japonesa la sal se colocaba en la entrada de las casas, para alejar a los malos espíritus

y todavía hoy los luchadores de sumo, con la misma finalidad, la arrojan en el círculo del combate; tampoco el cristianismo fue ajeno a la presencia de la sal en la liturgia ni en los rituales funerarios, algunos de los cuales se han mantenido hasta no hace mucho. Por entonces, se exponía el cuerpo del difunto en el que había sido su hogar, y se colocaba un plato de sal sobre su vientre o debajo del lecho en el que había sido depositado.

Debemos considerar que la sal también participó en la actividad económica al menos desde el Bronce Final y la



materiales, independientemente de su función inicial.

En relación con una posible dedicación como recipientes crematorios podemos ser más tajantes, pues todas las tumbas de la necrópolis de Las Ruedas donde han aparecido incluían su propia urna cineraria, argumento suficiente para que no sea necesario añadir otras razones, tales como su reducido tamaño o la falta de tapadera.

Asimismo, tampoco ratificamos su empleo en la medición de capacidades (Wattenberg, 1964: 319), ya que la disparidad de los valores volumétricos obtenidos en treinta y dos de los ejem-

plares pintanos nos demuestra la inexistencia de ese cometido.

Nuestra propuesta, fundamentada en los contextos precisos de los registros tumbales, nos permite interpretar estos objetos como saleros-especieros, con un doble cometido: uno de tipo funcional, relacionado con el banquete funerario, asociado a viandas (especialmente de carne) y bebidas, e incluso a otros instrumentos concebidos para formar parte de los rituales de tránsito hacia la nueva vida, caso de las parrillas, pinzas de cocina o cuchillos carniceros; el segundo, con una alta carga simbólica, enlaza con la idea de fidelidad, hospitali-

dad, amistad, confianza, inmortalidad o regeneración (Charro, 1998), sin olvidar que la sal también representa, indirectamente, la riqueza y el estatus social del propietario, cualidades que se identificaban con el peculiar recipiente que la albergaba y que explicarían su presencia en la sepultura. Una argumentación que aparece bien ilustrada en la tumba 84, que presentaba dos cajas zoomorfas (dp 566 y 567; sin hornear, con patas, asa trapezoidal y decoración incisa, impresa y excisa) junto a los restos de un cuarto trasero de cordero lechal en conexión anatómica, un cuchillo de hierro, un vaso crateriforme decorado con

Edad del Hierro, con la aparición de explotaciones saliníferas y el consecuente comercio de un producto que llegó a ser denominado “oro blanco”, lo que determinaría su control por las élites de la sociedad.



En el amplio territorio meseteño de época vaccea, aunque eran relativamente frecuentes las charcas salobres, más abundantes antes de que se produjesen las desecaciones promovidas en el siglo XIX, y existían manantiales —caso de Las Salinas de Medina del Campo— o lagunas —como las del Compás de Aldeamayor de San Martín en Valladolid, que permitirían el aprovechamiento salinero—, lo cierto es que se trataba de un bien muy escaso, si exceptuamos los saladares de Villafáfila (Zamora).

Aquí el yacimiento de Fuente Salina (Revellinos de Campos), es el único que presenta ocupación durante la segunda Edad de Hierro (Abarquero *et al.*, 2010), por lo que posiblemente jugó un papel significativo en el abastecimiento a la población de la región, aunque sin duda insuficiente, por lo que es factible que además fuese acarreada desde la comarca autrigona y berona, donde localizamos varios ejemplares de cajitas de influencia vaccea, testigos de las relaciones del Duero medio con el alto Ebro.

Pensemos que en el *oppidum* de *Pintia*, que superaba los cinco mil habitantes y posiblemente alcanzaba los siete mil, el consumo de sal excedería ampliamente las doscientas toneladas anuales, que cubrirían las necesidades personales (2,5 kg/año) y las del ganado (20 kg/año para el vacuno, 18 kg/año para el caballo, 2 kg/año para el ovino así como para el caprino o 6,5 kg/año para el porcino), cantidades a las que hay que sumar la destinada a los otros usos ya apuntados, especialmente el referido a la conservación de viandas, lo que implicaba una demanda de suministro salino constante y voluminoso (Mangas y Hernando, 1990-1991).

En definitiva, nos encontramos con un elemento íntimamente ligado a la vida cotidiana de las personas, tanto en el ámbito estrictamente físico como en el espiritual, por lo que su presencia en los rituales funerarios, lejos de ser extraña, resulta habitual, aun cuando difieran las prácticas religiosas o el momento histórico, algo a lo que no habría escapado la cultura vaccea. Esto explicaría el hallazgo de las cajitas en tumbas que muestran ricos ajuares y restos del banquete funerario, incluso justificaría el aspecto zoomorfo de las asas de algunos de los recipientes —con forma de carnero, bóvido o caballo—, que representarían la riqueza ligada a la posesión del ganado o a la posición social del jinete; depositadas en el sepulcro a modo de testimonio de amistad o de amor y con el deseo de proteger al finado en el más allá, como ocurre de manera muy gráfica en la tumba 90, perteneciente a un niño de pocos años, cuyos huesos cremados fueron colocados dentro de la urna y sobre ellos, en contacto directo, una de las tres cajas zoomorfas que formaban parte de las ofrendas, como puede observarse en la fotografía.

motivos geométricos organizados en un friso metopado y dos pequeñas escudillas a modo de *cyathus*, que contenían residuos procedentes de vino (Romero *et al.*, 2009: 245).

Contexto

Desde que Juan Cabré diera a conocer los primeros descubrimientos de cajas obtenidos en las excavaciones de Las Cogotas en 1930, la mayoría de los ejemplares sucesivos fueron el resultado de descubrimientos superficiales. Afortunadamente los trabajos realiza-

dos a partir de 1985 en el subsuelo de *Pintia* no sólo nos han proporcionado contextos poblacionales y necropolíticos precisos a los que vincular las nuevas piezas, sino que lo han hecho en un número importante; no en vano hablamos de unas doscientas, de las que para el presente trabajo hemos seleccionado más de medio centenar en razón a su contextualización o, en el caso de las ocho cajitas recuperadas en posición secundaria, a su buen estado de conservación y utilidad para el estudio morfo-decorativo.

La presencia de cajitas en las sepulturas no es algo frecuente y así lo

prueba el hecho de que sólo han aparecido en veintisiete de los trescientos sepulcros recuperados hasta la fecha, cifra que representa un 9% del total. Además, su comparecencia suele hacerse de forma individual (diecinueve tumbas) o en pareja (cinco enterramientos), ya que son excepcionales los conjuntos que suman un número mayor y sólo se ha alcanzado un máximo de seis piezas en un mismo depósito (Sanz, Carrascal y Rodríguez, 2014: 779-780).

Si analizamos su distribución por edades y sexos, prácticamente no encontramos diferencias entre el porcentaje de las que pertenecen a individuos

adultos, masculinos o femeninos, e infantiles, pues a todos ellos aparecen asociadas; asimismo, si nos fijamos en el tipo de sepultura comprobamos el alto grado de riqueza que exhiben todas ellas, manifestado en la cantidad de ofrendas y ajuares, algo particularmente llamativo en el caso de las cuatro tumbas de niños y púberes —especialmente la número 153 donde se han recuperado ciento catorce objetos—, muestra tangible de afectos pero también de una elevada posición social adquirida por nacimiento (Sanz, 2014).

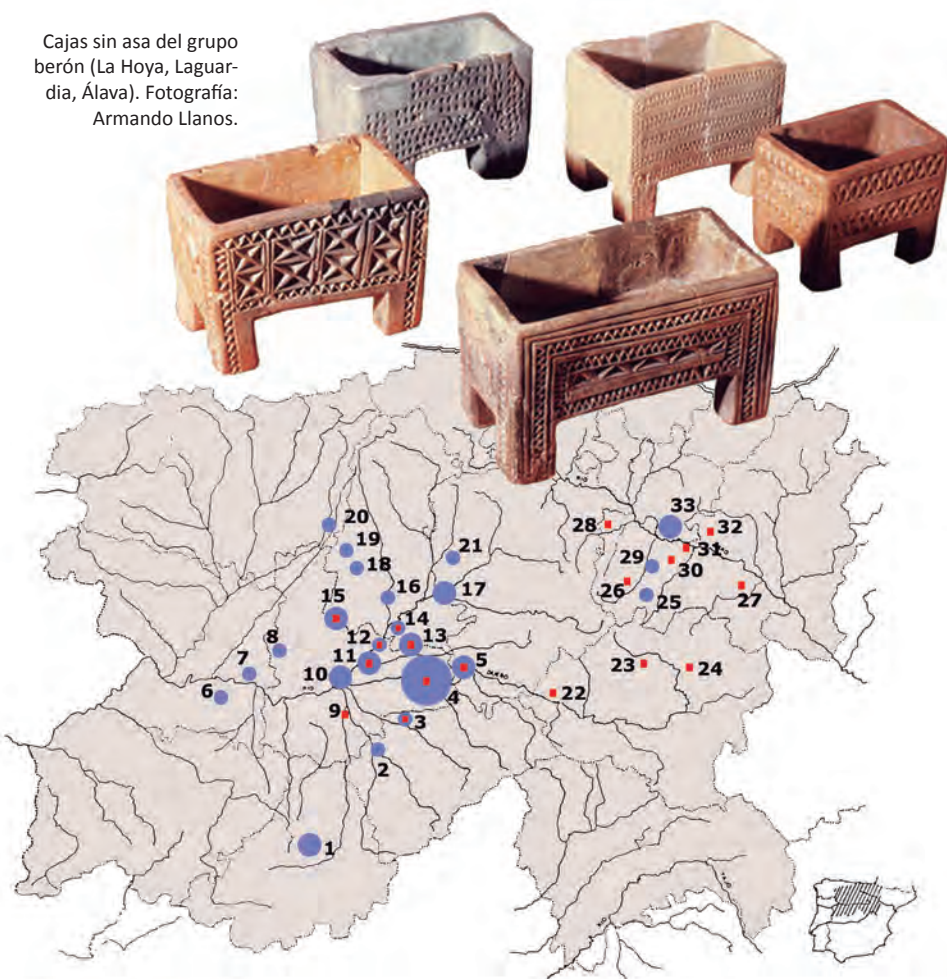
Las diferencias de tamaño de las cajas dependen de dos variables: la edad del individuo y el emplazamiento en el que se localizan. Ya que se trata de recipientes, nos referiremos a su capacidad volumétrica en las siguientes consideraciones.

La pieza menor (dp 593), con 5 ml de capacidad, cuya cavidad coincide con la impronta de un dedo pulgar, ha sido recuperada en la necrópolis de Las Ruedas, no en un sepulcro sino en un profundo y estrecho pozo, donde también se halló un *simpulum*, peculiaridades que parecen relacionarla con algún tipo de ritual mágico (De Bernardo, Romero y Sanz, 2012: 179-182).

A continuación, dos piezas pertenecientes a enterramientos infantiles (dp 568 y 563), con una capacidad de 10 ml y 22 ml respectivamente, resultan concordantes con las miniaturas vasculares, con apariencia de juguetes, que componían ambos conjuntos.

Estas cifras aumentan cuando se refieren a sepulturas de preadolescentes, cuyos recipientes (dp 570 y 573) acogen entre 40 y 50 ml, coincidentes con las medidas más comunes en las tumbas de adultos. Este dato nos indica, junto con la presencia de objetos vinculados con el banquete funerario (es decir, al consumo de carne y de bebidas alcohólicas) que los rituales, que podríamos considerar propios

Cajas sin asa del grupo berón (La Hoya, Laguardia, Álava). Fotografía: Armando Llanos.



Cajitas excisas

- 1 a 3 hallazgos
- 4 a 9 hallazgos
- > 150 hallazgos

■ Otras producciones excisas

- Yacimientos arqueológicos con hallazgos de cajitas excisas (puntos azules) y otras producciones singulares excisas (cuadros rojos): 1. Las Cogotas; 2. Coca; 3. Cuéllar; 4. *Pintia* (Padilla/Pesquera de Duero); 5. Roa de Duero; 6. El Viso, Bamba; 7. Toro; 8. Tiedra; 9. Matapozuelos; 10. Simancas; 11. El Soto de Medinilla; 12. Valoria la Buena; 13. Vertavillo; 14. Tariego de Cerrato; 15. Montealegre; 16. Palencia; 17. Palenzuela; 18. Paredes de Nava; 19. Calzadilla de la Cueva; 20. Villamol; 21. Castrojeriz; 22. Langa de Duero; 23. Ocenilla; 24. Numancia; 25. Montemediano; 26. Bobadilla; 27. Bergasa; 28. Herramelluri; 29. Tricio; 30. Entrena; 31. Cerro de Cantabria; 32. Viana; 33. La Hoya.

Capacidades en las cajitas vacceas dp 593, 568, 573 y 592: 5, 10, 50 y 115 ml, respectivamente.



Analogías a excluir

de personas mayores ya se incorporaban en esas edades.

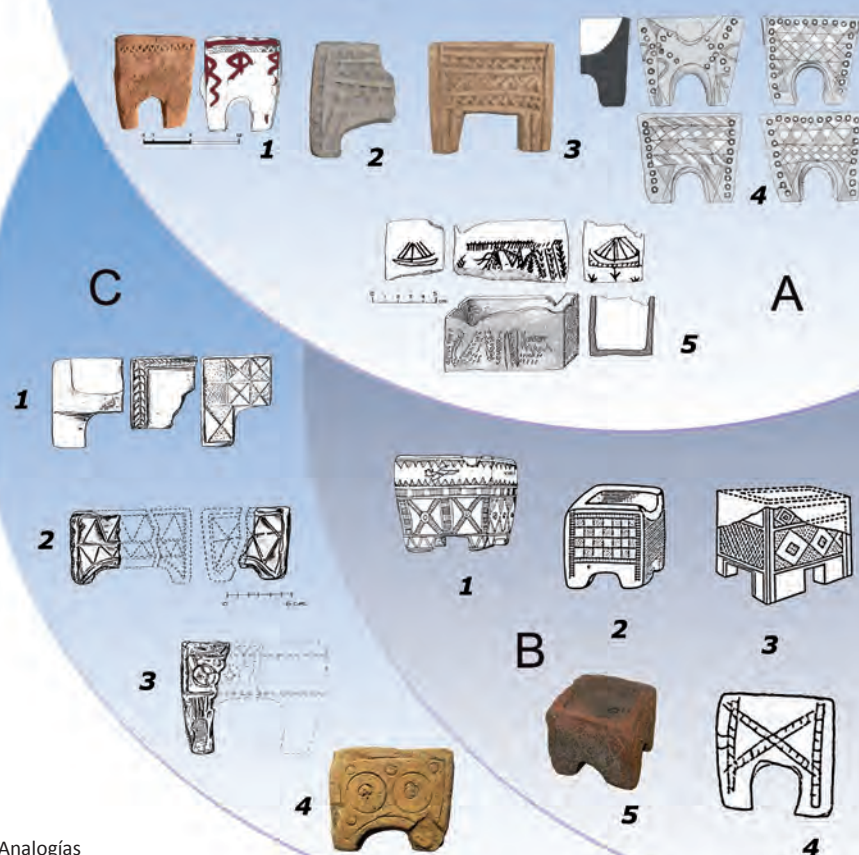
Sin embargo, para encontrar las cajitas de mayor magnitud debemos cambiar de ubicación y trasladarnos a un entorno doméstico; así, los 115 ml de la caja de Las Quintanas de *Pintia* (dp 592) —similar a otras como las de El Soto de Medinilla o La Hoya, ésta última en territorio berón—, que duplica las capacidades señaladas anteriormente, expresa el carácter funcional en un ámbito cotidiano, alejado del simbólico de la muerte.

Dispersión geográfica

Los materiales excisos en general, y las cajitas en particular, encuentran una abundante representación en el solar vacceo, es decir, en el Duero medio, aunque su presencia se extiende al territorio berón, turmogo, autrigón y a la región vetona; una afirmación verificable con los datos actuales y que obliga a rectificar los postulados de los años setenta y ochenta del siglo pasado, que señalaban al pueblo berón como el origen de estas producciones.

Los trabajos de excavación realizados en la Zona Arqueológica *Pintia* en los últimos cuarenta años, y de manera especial los asumidos desde el año 2000 en adelante en el cementerio de Las Ruedas, han cambiado por completo la percepción sobre la distribución geográfica de estas producciones singulares, ya que alcanzan una representación del 80% del total en la región vaccea, a gran distancia del siguiente núcleo importante, el berón, cuyo repertorio apenas suma el 7%. Cabe añadir que el volumen de metros cúbicos removido en las excavaciones de *Pintia* es de muy corto alcance y queda, en cualquier caso, muy por debajo del procesado en otros lugares como las necrópolis celtíberas o las vetonas de La Osera o Las Cogotas, dato que magnifica aún más los porcentajes de presencia señalados.

Todas estas circunstancias nos llevan a inferir que las cajas excisas zoomorfas son un producto propiamente vacceo, razón por la que deberían denominarse *cajitas vacceas* cuando aparezcan en la cuenca media del Duero, o *cajitas de influencia vaccea*, en el caso de que sean descubiertas en otros territorios (Sanz, Carrascal y Rodríguez, 2014: 772).



Analogías a excluir de la familia de las cajitas vacceas: A. Incensarios árabes e islámicos (siglos VII-XII): 1. Sharma (Omán), 2 y 3. Suse (Irán), 4. Tell Jenin (Palestina) y 5. Sinarcas (Valencia). B. Incensarios período Persa (538-332 a.C.): 1 a 4. Tell es-Sa'idiyeh y 5. Tell Khefeileh. C. Cajas y cajitas de contexto romano (siglos I-II): 1, 2 y 3. Villabermudo (Palencia) y 4. Camesa-Rebolledo (Cantabria).

Analogías a descartar

El descubrimiento de unos recipientes tan originales y su designación como *cajas célticas excisas* (Niето, 1961-62), *cajas excisas de la Meseta Central* (Wattenberg, 1960-61) o *cajitas celtibéricas* (Wattenberg, 1964), determinó que, a partir de los años setenta del siglo pasado, todo material con una morfología prismática al que se hubiese practicado una cavidad, independientemente de que contase con patas o con asa, pasó a ser asimilado a tal tipología y/o tradición sin otro criterio que el de su analogía, razón por la cual vamos a referirnos a las categorías que no deben identificarse con las cajitas vacceas.

Las cajas contextualizadas en el periodo romano (siglos I-II d.C.) son piezas elaboradas con barro similares a los de los componentes utilizados en la construcción, con un grosor en los bordes y unas dimensiones que superan ampliamente a los productos de la Edad

del Hierro, estos con capacidades de almacenamiento mucho menores, y que no suelen presentar decoración excisa. Su vinculación con las producciones vacceas, salvo excepciones, es muy difícil de sostener, más cuando en el registro funerario de Las Ruedas hay una total ausencia de vestigios de cajitas entre los materiales de los niveles del siglo I d.C. Argumentar una ascendencia en los modelos indígenas prerromanos, a modo de elemento de identidad frente al invasor latino (Díaz, 1987: 424) o como una prueba del desplazamiento de los legionarios por la meseta (Pérez e Illarregui, 1990: 300-301), es complicado de mantener, especialmente si tenemos en cuenta que la morfología de las arquetas (recipiente paralelepípedo con cuatro patas) ha tenido gran difusión en toda época y ambiente geográfico (Sanz, 1997: nota 20).

Respecto al grupo de cajitas del territorio berón debemos manifestar dos observaciones: por una parte, que

no todos los objetos excisos publicados responden al tipo de caja cerámica analizado en este artículo, pues entre ellos encontramos placas de revestimiento constructivo y adobes; en segundo lugar, el hecho de que si bien las cajas exhiben una clara influencia vaccea, su particular morfología, con la presencia de altas patas y la ausencia de asideros en todas ellas, sólo se explica por la existencia de una producción propia. Con todo, este grupo manifiesta vínculos muy estrechos con el círculo vacceo, expresados igualmente en otros elementos de metalistería prerromana, por ejemplo.

Los incensarios de época persa (538-332 a.C.) llegaron a ser considerados el antecedente de las llamadas *cajitas celtibéricas*, otorgándolas un forzado origen oriental (Luzón, 1990); aunque han sido los incensarios islámicos de los siglos VII-XII los que presentan paralelismos sorprendentemente próximos a las cajas vacceas. Precisamente la propia inviabilidad de los vínculos entre los recipientes árabes y los meseteños, a pesar de que son evidentes las similitudes de unos objetos de épocas históricas y espacios geográficos tan dispares, nos puede proporcionar alguna pista para explicar las analogías existentes. Una posible interpretación estaría relacionada con la correcta datación de las producciones y su conexión con la romanización o la islamización —la conocida arqueta de Sinarcas (Valencia) con una nave y un pájaro grabados, responde a esta tradición y no a la Edad del Hierro meseteña como ha sido interpretada (Martínez García, 1986)—, de gran alcance territorial; otra parte de la argumentación puede encontrarse en la utilización de la excisión, una técnica decorativa muy primitiva y extendida por todo el mundo.

Cronología

Los datos obtenidos en las excavaciones de la necrópolis de Las Ruedas, nos indican que las cajitas se conocían ya en el siglo IV a.C., pero que sería en los siglos II y I a.C. cuando se convirtieron en objetos habituales en los depósitos funerarios, hecho que se ratifica gracias especialmente al ámbito temporal tan preciso que nos proporcionan las *cerámicas negras bruñidas*, con las que aparecen vinculadas en varias tumbas.

Desconocemos si el formato y la decoración tuvieron un punto de partida común o si, como afirmaba Martín Valls, en un primer momento se fabricaron los ejemplares lisos y ápodos y posteriormente comenzó la aplicación de la ornamentación. Lo que sí parece ser de-

terminante es el tipo de pasta utilizada, de manera que los modelos de caja elaborados con una arcilla similar a la de las producciones vasculares hechas a mano evolucionarían hasta los de barro muy decantados y de color anaranjado.

Con todo, el hecho de que nos encontremos ante una cultura anicónica nos permite plantear que las cajitas con un perfil claramente zoomorfo, de forma especial las que muestran en el asidero la cabeza de un animal con detalles anatómicos explícitos, pudieran encuadrarse en cronologías avanzadas de la segunda mitad del siglo II a.C y siglo I a.C., por cuanto es en estos momentos cuando también aparecen, aunque de forma muy esquemática, pinturas figurativas en la cerámica.

Bibliografía

- ABARQUERO, F.J., GUERRA, E., DELIBES, G., NEGREDO, M.J., PALOMINO, A.L., MORA, M.J., RODRÍGUEZ, E. y VAL, J. (2010): "Lecturas de una prospección: el poblamiento prehistórico en Villafáfila entre el Neolítico y la Edad del Hierro", *Los yacimientos de Villafáfila (Zamora) en el marco de las explotaciones salineras de la prehistoria europea*, Junta de Castilla y León, Consejería de Cultura y Turismo, pp. 119-152.
- CABRÉ AGUILÓ, J. (1930): *Excavaciones de Las Cogotas. Cardeñosa (Ávila)*. I. El Castro, Memorias de la Junta Superior de Excavaciones Arqueológicas, 110. Madrid.
- CHARRO GORGOJO, M.A. (1998): "La sal ¿mito o superstición?", *Revista de Folklore*, 214, Valladolid, pp. 124-33.
- CHEVALIER, J. (1995): *Diccionario de los símbolos*, Herder, Barcelona.
- CRUZ SÁNCHEZ, P.J. (2008): "A propósito de algunos rituales mortuorios relacionados con la sal", *Estudios del Patrimonio Cultural*, 1, SERCAM, Servicios Culturales y Ambientales, pp. 5-14.
- DE BERNARDO STEMPEL, P., ROMERO CARNICERO, F. y SANZ MÍNGUEZ, C. (2012): "Grafitos con signario celtibérico en cerámicas de *Pintia* (Padilla de Duero/Peñañiel, Valladolid)", *Palaeohispanica*, 12, Zaragoza, pp. 157-194.
- DÍAZ SANZ, M.A. (1987): "Una cajita incisa hallada en la villa romana de Astudillo (Palencia)", *Actas del I Congreso de Historia de Palencia*, I. Palencia, pp. 423-428.
- JIMÉNEZ GUIJARRO, J. (2007): "¿Aprovechamiento o explotación?: reflexiones acerca de la minería y uso de la sal durante la Prehistoria", *Las salinas y la sal de interior en la Historia: economía, medio ambiente y sociedad*, Dykinson, S.L., Madrid, pp. 185-216.
- LUZÓN NOGUE, J.M. (1990): "Sobre el origen oriental de las llamadas cajitas celtibéricas", *Actas del II Congreso de Historia de Palencia*, T.I, Palencia, pp. 319-326.
- MANGAS, J. y HERNANDO, M.R. (1990-1991): "La sal y las relaciones intercomunitarias en la Península Ibérica durante la Antigüedad", *Memorias de Historia Antigua*, Universidad de Oviedo, Oviedo, pp. 219 a 232.
- MARTÍN VALLS, R. (1975): "Sobre las cajitas celtibéricas", *Sautuola*, I, Santander, pp. 167-175.
- MARTÍNEZ GARCÍA, J.M. (1986): "Una cajita con decoración incisa del cerro de San Cristóbal (Sinarcas-Valencia)", *Saguntum*, 20, Valencia, pp. 103-116.
- NIETO GALLO, G. (1961-62): "Cajas de barro célticas con decoración excisa", *Homenaje al profesor Cayetano de Mergelina*, Murcia, pp. 659-664.
- PÉREZ GONZÁLEZ, C. e ILLARREGUI GÓMEZ, E. (1990): "Las llamadas cajitas celtibéricas de época romana de Villabermudo", *Actas del Segundo Congreso de Historia de Palencia*, I. Arte, Arqueología y Edad Antigua, Palencia, 1989, Palencia, pp. 297-317.
- ROMERO CARNICERO, F., SANZ MÍNGUEZ, C. y GÓRRIZ GAÑÁN, C. (2009): "El vino entre las élites vacceas. De los más antiguos testimonios a la consolidación de su consumo", en C. Sanz Mínguez y F. Romero Carnicero (eds.): *El vino y el banquete en la Europa prerromana*, Vaccea Monografías, 2, Centro de Estudios Vacceos 'Federico Wattenberg', Universidad de Valladolid, Valladolid, pp. 225-251.
- SANZ MÍNGUEZ, C. (1997): *Los vacceos: cultura y ritos funerarios de un pueblo prerromano del valle del Duero. La necrópolis de Las Ruedas, Padilla de Duero (Valladolid)*. Junta de Castilla y León, Arqueología en Castilla y León. Memorias, 6. Valladolid.
- (2015): "Premature Death in the Vaccean Aristocracy at *Pintia* (Padilla de Duero/Peñañiel, Valladolid). Comparative Study of the Funerary Rituals of two Little 'princesses'", en M. Sánchez, E. Alarcón y G. Aranda (eds.): *Children, Spaces and Identity, Childhood in the Past Monograph*, 4. Oxford, pp. 262-281.
- SANZ MÍNGUEZ, C. y PEDRO, R. (2014): "Campaña XXIV 2013 de excavaciones arqueológicas en *Pintia* (Padilla de Duero/Peñañiel)", en *Vaccea Anuario*, 7 (2013), Centro de Estudios Vacceos 'Federico Wattenberg', Universidad de Valladolid, Valladolid, pp. 7-12.
- SANZ MÍNGUEZ, C., CARRASCAL ARRANZ, J. M. y RODRÍGUEZ GUTIÉRREZ, E. (2014): "Saleros-especieros zoomorfos, de barro y cerámica, en técnica excisa, del territorio vacceo (ss. IV-I a.C.)", *As produções cerâmicas de imitação na Hispania*. Tomo II. Faculdade de Letras da Universidade do Porto, Porto, pp. 199-212.
- TERÁN MANRIQUE, J. (2011): "La producción de sal en la Prehistoria de la península Ibérica: estado de la cuestión", *@rqueología y Territorio*, 8, Universidad de Granada, pp. 71-84.
- WATTENBERG, F. (1960/61): "Cajas excisas de la Meseta Central", *Ampurias*, XXII-XXIII, Barcelona, pp. 288-294.
- (1964): "Una nueva cajita celtibérica", *Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología*, XXX, Valladolid, pp. 318-320.

Carlos Sanz Mínguez
Juan Manuel Carrascal Arranz
Elvira Rodríguez Gutiérrez